

Capítulo 43 - El Dragón Se Impone - La Balada de un Dragón Semibenevolente

- [Capítulo 43 - El Dragón Se Impone - La Balada de un Dragón Semibenevolente](#)

Capítulo 43 - El Dragón Se Impone - La Balada de un Dragón Semibenevolente

Doomwing frunció el ceño mientras volaba sobre el mar. Había sentido un poder agitarse cerca de su territorio, y esa sensación se intensificaba con cada momento que pasaba. No se trataba de un titán ancestral emergiendo de las profundidades por un simple paseo aéreo. Probablemente, eran dos antiguos gigantes del abismo enfrentándose en combate. Normalmente, no le importaba. Si los antiguos del océano querían matarse entre sí, que lo hicieran. Tal vez así, evitarían una repetición de la Tercera Catástrofe. Sin embargo, no quería que ningún conflicto así tuviera lugar cerca de su dominio. Lo último que necesitaba era que el pueblo de los hombres tigre fuera aplastado, por alguna kraken que levantara un leviatán y lo arrojara a tierra. Ya había visto cosas similares antes. Incluso sin contar al Señor de las Mareas, los seres más antiguos y poderosos del océano eran capaces de alterar radicalmente el clima y el paisaje cuando peleaban. Una vez, fue a buscar un trozo de ballena para comer y se topó con un kraken golpeando a un leviatán con lo que parecían ser los restos de una isla, antes de que el kraken lanzara un arrecife de coral al cefalópodo. No ayudaba que Ashheart estuviera con él. La otra dragona contempló el caos y se lanzó de lleno en la contienda con un entusiasmo desbordante. Al final, el kraken y el leviatán se alejaron a lamerse las heridas, mientras Ashheart descansaba sobre una isla recién formada. ¿Y Doomwing? Tuvo que lidiar con los merfolk iracundos que huían de la zona solo para volver y encontrar sus hogares destrozados, un arrecife de coral incrustado en una nueva isla volcánica, y una nueva isla donde una vez hubo mar abierto. ¿Y lo peor? No consiguió ningún cetáceo. Solo la idea del desastre aumentó su ceño fruncido al observar la enorme tormenta que se avecinaba. El cielo, anteriormente despejado, había sido sustituido por una masa de nubes negras, una nube de trueno que prometía viento, lluvia, granizo y relámpagos. La superficie del mar, que antes era tranquila, ahora se agrietaba con montañas de agua que chocaban entre sí con fuerza implacable. Afiló los dientes. Todo ese caos avanzaba hacia su territorio. La tormenta se abría paso ante él a medida que se acercaba, su furia resultaba insignificante frente a su poder y magia. Miles de merfolk luchaban en las aguas que se extendían bajo él, sus formas elegantes y veloces acompañadas por tiburones gigantes, mantarrayas y pulpos. Otros combatían en la superficie, montando en lomos de caballos marinos, mientras sus tridentes, lanzas y espadas brillaban en la batalla. Sirenas gritando y lanzando magia al cielo, sus cantos inquietantes amenazaban con dejarlos sin juicio y arrastrarlos a un sueño del que nunca despertarían. En el centro del combate, estaban los dos gigantes del abismo que había percibido: un kraken y un leviatán. Ambos eran mucho mayores que él, aunque eso no decía mucho de su poder. Generalmente, las criaturas del fondo oceánico crecían más que sus homónimos terrestres o aéreos. La kraken era mayormente de un marrón apagado, pero su cuerpo estaba salpicado de anillos de azul y verde brillantes. Sus ojos eran un naranja ominoso, y

su enorme pico estaba expuesto. Su oponente era un leviatán macho de tamaño similar. Escamas de un azul oscuro cubrían la mayor parte de su cuerpo, con dos franjas verdes a lo largo del vientre. La kraken bajó una de sus tentáculos con fuerza atronadora, enviando lluvia en todas direcciones. Un rayo cruzó el cielo para impactar al leviatán, que quedó momentáneamente aturdido, y fue acompañado por otros rayos hasta que parecieron extenderse por toda la tormenta, que parecía extenderse como una extensión de la ira del kraken. Pero el leviatán se recuperó, y las aguas a su alrededor temblaron mientras levantaba la cabeza y disparaba un chorro de agua contra la kraken. La potencia del ataque fue suficiente para alejarla, y las barreras mágicas que la kraken conjuró para defenderse se rompieron en rápida sucesión. Doomwing había visto leviatanes atravesar islas y escarbar canales en la costa con ataques similares. Para no quedarse atrás, la kraken se lanzó hacia el leviatán, y ambos transformaron el ya tumultuoso océano en una escena de destrucción total, luchando sin atender a las criaturas menores en su camino. Sirenas eran aplastadas en el aire cuando tentáculos que se agitaban lanzaban golpes descontrolados a bocas blindadas con armadura pesada. Un grupo de ballenas con cuernos fue lanzado por los aires, mientras coils serpentinos colosales chocaban contra el agua intentando destruir a un cefalópodo del tamaño de una isla. ¿Otra guerra submarina estaba en marcha? Como en la tierra, en las profundidades también existían reinos. Por razones obvias, la mayoría de ellos estaban bajo el mando de criaturas como leviatanes y krakens. La mayoría de los habitantes serían merfolk o bestias acuáticas, pero cuando la situación se complicaba, los krakens y leviatanes estaban en el mando. ¿Qué harían los merfolk o las bestias cuando apareciera una isla viviente y empezara a destruir todo? La única opción para sobrevivir sería encontrar una criatura igualmente grande y poderosa para protegerlos. Aunque los krakens y leviatanes no tenían la misma tendencia a acumular riquezas que los dragones, les gustaba dominar extensas áreas del océano. Estas guerras podían involucrar a más de dos titanes del abismo, sobre todo si los monstruos más antiguos y poderosos enviaban a sus descendientes a luchar, formando frentes en vastos océanos, con tempestades que los acompañaban en cada enfrentamiento. Los titanes enfrentados frente a él no eran los más antiguos ni los más poderosos de su especie. Probablemente, tenían unos dos o tres siglos de edad. Eso se reflejaba también en su forma de luchar: pura fuerza y furia, con poca de la astucia y la astucia propios de sus ancestros más experimentados. Doomwing estaba a punto de anunciar su presencia —los tontos estaban tan absortos en su disputa insignificante que ni siquiera habían notado su aproximación— cuando vio algo que le resultó desconcertante y entrañable a la vez. Un crío de salamandra acuática nadaba en medio del combate, su forma de un pie de largo, siguiendo la cresta de una ola tras otra mientras avanzaba en dirección general a su territorio. Por pura suerte absurda o habilidad casi imposible, la criatura había sobrevivido a múltiples experiencias cercanas a la muerte, con una sonrisa tonta y un aire alegre a pesar del caos de armas, magia y el estruendo monumental de los dos titanes en guerra. Ridículo. Pero completamente típico. Las verdaderas salamandras, como las salamandras de fuego y las de agua, eran quizás las criaturas más exasperantes del mundo. No cuidaban mucho a sus crías. Solo las protegían lo suficiente para que pudieran sobrevivir... y luego las enviaban a buscar su destino. ¿Por qué? Era simple. Las crías de salamandra tenían una intuición extraña, que les permitía encontrar un grupo que las acogiera y las ayudara a alcanzar su potencial completo. Dejarían a sus padres y deambulaban hasta hallar ese grupo, y allí permanecían toda su vida. Cuando la Madre Árbol le explicó esto, Doomwing no entendió que lo decía en sentido literal hasta que lo vio con sus propios ojos. Las salamandras verdaderas eran seres increíblemente leales a aquel grupo que elegían, llegando incluso a morir defendiendo su protección. Si una salamandra se unía a un grupo de lobos, lucharía contra cualquier amenaza que atacara a esos lobos. No importaba si era una

hidra, un basilisco o un dragón; la salamandra no dudaría en luchar. Pero la intuición que tenían era tan poderosa que sólo elegían a grupos de buen carácter, que los protegieran y cuidaran... y las salamandras no permanecían pequeñas para siempre. No. Crecían y, con el tiempo, pasaban de ser criaturas ingenuas y casi cómicas a guardianes sabios dotados de un poder formidable. Una salamandra de agua adulta medía alrededor de unas doce pies y podía lanzar haces de agua que tallaban granito o crear olas capaces de hundir barcos. Las mayores salamandras acuáticas eran tan poderosas que incluso dragones que habían alcanzado su Segundo Despertar se detenían ante ellas, aunque nunca había visto a ninguna que igualara a un dragón en su Tercer Despertar. A pesar del poder que adquirían, las salamandras nunca olvidaban a quienes las habían criado y permanecían fieles a los descendientes de su grupo original. Conocía a una salamandra de trueno criada por lobos. Esa salamandra vivía en la misma zona desde hacía milenios, criando y protegiendo generación tras generación de lobos descendientes del grupo que había unido en su juventud. Esos lobos habían ascendido a lobos de tormenta gracias a su vínculo con la salamandra de trueno, y seguirían creciendo. La salamandra medía más de cien pies y podía crear tormentas considerables en solitario. Por supuesto, las ventajas de hacer amistad con una salamandra y criarlas a menudo llevaban a muchos a intentar esclavizarlas. Eso casi nunca funcionaba. En cuanto una salamandra tenía fuerza suficiente, se volvía contra quienes la capturaron y los masacraba sin piedad, sin dejar rastro. La lealtad de una salamandra era un fenómeno hermoso y a la vez desconcertante y completamente extraño. Pero... si la salamandra de agua se dirigía a su territorio... utilizó su telequinesis para levantar a la salamandra del agua. A pesar de la enorme diferencia de tamaño, la criatura sonrió felizmente y saludó con alegría. Solo con el tiempo, al crecer, adquirieron la capacidad de hablar. Sin embargo, Doomwing no tuvo problemas en entender sus intenciones. La salamandra iba en dirección a su territorio. ¿Cuánto había estado nadando? No lo sabía. Dejó de contar después de aproximadamente una semana. Doomwing bufó. Locura total. ¿Una semana o más? La salamandra acuática tenía suerte de no haber sido devorada por un tiburón, un gran pez o una ballena. La salamandra simplemente se encogió de hombros. Sabía adónde debía dirigirse y confiaba en poder llegar allí si seguía nadando. Pero sería muy amable si Doomwing pudiera llevarlo un poco. No sabía exactamente quién era Doomwing, pero sabía que venía del lugar al que debía ir. Así que si Doomwing podía cargarlo un rato y dejarlo cerca de la orilla, le estaría muy agradecido. Incluso le daría un pez una vez que capturara uno para devolverle el favor. En otras circunstancias, Doomwing se sentiría insultado. Sin embargo, las crías de salamandra eran almas sencillas, incapaces de engaño o treta. La salamandra le ofreció un pez porque era lo mejor que se le ocurrió. Era como un crío dragón que ofrece una moneda de su escaso tesoro. Doomwing se rió. Nunca había entendido por qué los Primeros Dioses habían hecho a las salamandras así, ni Mother Tree ni Dion pudieron explicárselo del todo. Pero sí podía apreciar su determinación, su lealtad casi suicida y su ansia de encontrar fuerza a su manera. Un dragón, en general, crece más fuerte solo, porque es enfrentando al mundo y sus desafíos que un dragón se vuelve poderoso. Las salamandras, en cambio, buscaban compañía; su fuerza se incrementaba por su deseo de proteger a quienes los acogían. "Muy bien," gruñó Doomwing. "Te llevaré conmigo cuando regrese. Pero... espero un pez digno a cambio." La salamandra de agua asintió con fervor y movió su cola. Seguramente aseguraría el pez más sabroso para Doomwing en cuanto llegaran a su destino. Envuelto en un antiguo rune de protección, Doomwing dirigió su atención a la batalla que se libraba debajo de él. Era realmente vergonzoso que el kraken y el leviatán continuaran luchando en su presencia. Si quisiera, podría haberlos destruido con su magia y esparcido sus restos por las olas. En cuanto llegó, deberían haber cesado su pelea, al menos para saber cuáles eran sus intenciones. ¿Qué estaban enseñándoles sus padres? Era momento de imponer su

autoridad, sobre todo porque la lucha avanzaba hacia su territorio. "¡Basta!" resonó Doomwing, su voz amplificada por magia hasta que fue capaz de hacer que las criaturas menores sintieran dolor y se retorcieron en el agua, mientras los dos titanes se separaban y le dirigían sus miradas. "Dejen de pelear." Lo miraron con cautela, y por un momento pensó que tendrían la sensatez de marcharse sin más problemas. Lo cual sería lo más sensato. Pero demostraron su estupidez con las primeras palabras que salieron de sus bocas. "Esto no es asunto tuyo, dragón," gruñó el kraken. "Vete," siseó el leviatán. "No tienes poder aquí, crecidísimo." El crío de salamandra hizo un sonido de lamento. Aunque era simple, hasta él podía notar que había dicho lo peor. "Estás invadiendo mi territorio," replicó Doomwing. "Y no permitiré que vuestras disputas dañen lo que es mío. En cuanto a mi poder... tengo suficiente para enfrentarme a criaturas como tú, miserable anguila." El leviatán, por lo menos, tuvo la prudencia de intentar defenderse. Invocó varias runas antiguas junto con más de una docena de runas mayores. Era un despliegue impresionante, considerando el escenario. Pero no sirvió de nada. Doomwing lo golpeó con la telequinesis equivalente a un martillo de guerra de tamaño montañoso. Sus runas, en su mitad formadas, se rompieron como cristal—demostrando que en conflictos de esta magnitud, la rapidez era primordial—y el ataque de Doomwing lo lanzó hacia las profundidades, donde golpeó el fondo marino. Lo mantuvo allí, con el cielo expuesto, mientras la fuerza de su telequinesis impedía que el agua fluyera a llenar el vacío. El kraken pudo haber retrocedido. Era lo más sensato. Pero, en su necedad, intentó agarrar el relámpago de la tormenta. Y Doomwing fue más rápido aún. Arrancó el relámpago de las nubes con un hechizo de duodécimo nivel, antes de que ella pudiera tomarlo, iluminando su cuerpo enorme con una runa de mejora que le confería la potencia necesaria para dejarla paralizada y flotando inerte en el agua. Los merfolk y otras criaturas se recuperaron de la confusión previa y ahora intentaban mezclarse con las olas o escabullirse. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Qué divertido. Actuaban mucho más inteligentes que sus propios líderes. La kraken se estremeció mientras el leviatán luchaba débilmente contra su telequinesis, y Doomwing se preguntó si debería simplemente marcharse o si era necesario darles más instrucciones. Sin embargo, su atención fue dirigida por la llegada de dos criaturas mucho mayores que las que había enfrentado. Ah. Parecía que sus padres estaban llegando. "Doomwing." El leviatán llegó primero. Era similar en color a aquel que él había derrotado, pero más grande y menos aerodinámico. Sus escamas eran ásperas y dentadas, y placas dorsales emergían de su espalda como picos de montañas rotas en el ocaso. "Libéreme a mi hijo." "¿Él era uno de los tuyos, Torrentcoil?" bufó Doomwing. "Con su falta de inteligencia, no logré hacer la conexión." Torrentcoil había apoyado a su grupo en la Tercera Edad, enfrentándose al Señor de las Mareas. Eso merecía respeto, y Doomwing había mantenido fuera de su asunto desde entonces. Es una pena que su hijo fuera un tonto. "Es un cachorro de necio," respondió Torrentcoil. "Pero sigue siendo mi cachorro." "Hm." Doomwing soltó su control telequinético sobre el leviatán joven, y este huyó prudente hacia la protección de su padre. "Esta disputa se acerca a mi territorio." "Eso no fue intencionado," replicó Torrentcoil. "Mi batalla es con—" Su palabra fue interrumpida por la llegada de otro kraken. Ella era más grande que la primera, del mismo tamaño que Torrentcoil. Sus ojos recorrieron desde el kraken que se estremecía débilmente en el agua, hasta Torrentcoil y finalmente Doomwing. "Stormbeak," gruñó Torrentcoil. La kraken lo ignoró, concentrada en arrastrar a la kraken menor hacia ella. "Has herido a mi hija, Doomwing." "Y tu hija es una necia que debería haber sabido retirarse en lugar de intentar atacarme con la tormenta," replicó Doomwing con desdén. "Ella es demasiado joven para pensar en algo así, y tuvo suerte de enfrentarse a mí. Si lo hubiera hecho con Stormbringer, estaría muerta." Stormbringer era normalmente de carácter afable, pero tomaba como una ofensa personal que alguien intentara atacarla con relámpagos. Generalmente, respondía mostrando a su

oponente el verdadero poder del relámpago, y dado que era una dragona primordial de tempestad, esa demostración solía ser letal. Incluso Doomwing pensaría dos veces antes de lanzar relámpagos contra ella. Stormbeak le lanzó una mirada de ira, y él le devolvió la mirada desafiante. Ambos, Torrentcoil y Stormbeak, eran poderosos y de edad similar a la suya. Pero estaban especializados en luchas distintas; conocían sus debilidades y podían explotarlas. Doomwing era más equilibrado y, si fuera necesario, podía retirarse y lanzar magia desde el cielo hasta que ellos se vieron obligados a replegarse. La batalla no sería sencilla, y si no tenía cuidado, podría meterse en problemas, pero las probabilidades estaban a su favor. Además, ni uno ni otro se atreverían a enfrentarse a él si sus hijos estaban cerca. En cuanto lucharan en serio, sus crías morirían. No estaban equipados para un enfrentamiento de esa magnitud entre titanes antiguos. "No me interesan sus guerras," dijo Doomwing. "Ensucien el océano con sangre si quieren, pero en otro lugar. Conocen los límites de mi territorio y saben cuán cerca están de invadirlo. No permitiré que sus disputas dañen lo que considero mío. Tomen a sus hijos y seguidores y váyanse." Se sostuvieron un largo momento con la mirada, y el propio océano vibró ante la potencia que agitaban. Casi resopló. Solo estaban haciendo postreo. No podían permitirse parecer débiles ante sus seguidores, pero también sabían que no debían desafiarlo. Poco más podían hacer, pues sus heridas habían sanado, y quizás, si todavía estuviera herido, le habrían puesto más dificultades o le habrían probado, pero sabían que no se le debía desafiar en su condición máxima. Sin decir una palabra más, se retiraron con sus hijos y seguidores. Doomwing los observó partir, y luego volvió la vista, llevando consigo a la salamandra de agua. El pequeño ser emitió un sonido de gratitud, y Doomwing soltó una carcajada. "Sí. Puedo volar mucho más rápido que tú nadando."

Xiang parpadeó sorprendió al ver que una criatura extraña caminaba arrastrándose por la playa hacia él y su familia, y se instalaba con soltura junto a la hoguera. Incluso tuvo la osadía de avanzar y arrancar un pez de su plato para devorarlo con descaro. "¿Qué es eso, padre?" preguntó su hijo. "¿Y es peligroso?" "Yo... no estoy seguro." Xiang no sabía si debía sentirse asombrado o cauteloso ante la audacia de la criatura. Solo medía un pie de largo, y no percibía ninguna energía poderosa en ella. Además, era extrañamente adorable, con rasgos que parecían mitad reptil y mitad anfibio. También mostraba una sonrisa tonta pero encantadora mientras comía. "Es una salamandra acuática," dijo Hermano Dragón, acercándose con paso pausado y observando la criatura cuidadosamente. "Y parece que tu familia ha tenido mucha suerte." "¿Una salamandra acuática?" Los ojos de Xiang se abrieron de par en par. Había oído hablar de salamandras, en realidad, había visto varias a lo largo de los años, aunque todas mucho más grandes que esta, y ninguna era realmente una salamandra acuática, aunque eso explicaba su aspecto más acuático. Si no mal recordaba, existía una leyenda que decía que buscaban a las personas... "Sí. Parece que él ha escogido a tu familia," dijo Hermano Dragón entre risas. "Ahora están atados a él." "¿Qué significa eso?" preguntó Xiang. Al darse cuenta de que la criatura no representaba ninguna amenaza, su hijo menor decidió acariciar a la salamandra en la espalda. La salamandra emitió un sonido feliz y continuó mordisqueando su pez. "Esta salamandra ha escogido a ti y a tu familia. Protejanlo y críenlo como propio, y él devolverá su lealtad en muchas ocasiones. Es pequeño y débil ahora, pero crecerá y será mucho más poderoso que cualquier tigre humano. Cuando llegue ese día, recordará con cariño estos momentos y seguirá protegiendo y cuidando a tus descendientes, así como tú una vez protegiste y cuidaste de él." "Ah." Los ojos de Xiang se abrieron aún más. Entonces, las leyendas eran ciertas. Dejando a un lado su comida, Xiang levantó suavemente a la salamandra acuática para situarla a la altura de sus ojos. "Soy Xiang, pequeño. A partir de ahora, serás parte de mi familia. Que nuestros días juntos sean prósperos." La salamandra acuática chirrió y asintió antes de regresar a comer su pez. "Él está de acuerdo," dijo

Hermano Dragón con tono burlón. "Deberías preparar más peces para él también. Tuvo un viaje bastante interesante en su camino aquí."